

Conexión Zaquencipa

Estamos escribiendo nuestra historia



INFORME ESPECIAL: LIBERTAD

CONTENIDO

<u>Editorial</u>	4
INFORME ESPECIAL: LIBERTAD	
<u>Del dominio interior al karaoke social</u> por Olga Lucía Riaño	5
<u>La libertad y sus espejismos</u> por José Antonio Salazar-Cruz	9
<u>Una locura llamada libertad</u> por Rosa Suárez Prieto	13
<u>Hermano Duc Tri: «Desmitificar al Buda»</u> por Ana María Echeverri	16
<u>Mi libertad</u> por Ana María Constaín	22
<u>La singularidad de la libertad estoica:</u> <u>La destreza de rendirse</u> , por Fernando Cordovez	24
<u>Libertad mínima necesaria</u> por Fernando Baena Vejarano	27
<u>Libertas, libertad, Liberty</u> por Diego De Castro Korgi	31
<u>¿Qué y para qué la tan mentada libertad?</u> por Gustavo Mauricio García Arenas	34
<u>Con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea,</u> por Rafael Dussán	37
<u>Algo más que una estatua</u> por Ricardo Rodríguez	42

EDITORIAL

La libertad: un viaje del corazón hacia la plenitud compartida

Hablamos de libertad con cierta regularidad, pero pocas veces nos detenemos a pensar en lo que realmente significa. La libertad no es simplemente la ausencia de cadenas externas. Es algo más hermoso y complejo: la capacidad interna de elegir aquello que nos acerca a vivir en plenitud, que nos permite ser quienes realmente somos.

En el silencio de la *presencia consciente* encontramos un camino. Cuando nos permitimos observar nuestros pensamientos y emociones con claridad y desapego, despertamos de un automatismo que muchas veces nos gobierna sin que lo notemos. Esa conciencia despierta libera cada acto que realizamos transformándolo en una expresión genuina de nuestro ser. Esta presencia, lejos de ser un lujo espiritual, es una puerta hacia la autenticidad.

La verdadera libertad existe cuando las personas pueden desarrollarse conforme a sus propios valores y creencias, enriqueciendo la cultura con su propia voz. La diversidad, la innovación y el progreso brotan naturalmente cuando permitimos que otros sean ellos mismos.

Sin embargo, aquí está una verdad que duele y sana a la vez: no existe libertad personal genuina sin un entorno social justo. Nuestras cadenas individuales están entrelazadas con sistemas de dominación colectiva. Buscar la superación de la codicia, del patriarcado y del racismo no es un activismo abstracto; es apostar a construir los cimientos sobre los cuales podrá crecer nuestra propia libertad. La empatía y la cooperación no son idealismos sino herramientas concretas de una sociedad que respira con dignidad.

En tiempos como estos, reconocer que la libertad es un compromiso de equidad, responsabilidad y solidaridad colectiva nos invita a actuar. No basta vivir libres de coerción; debemos trabajar para que todos en nuestra comunidad podamos expresarnos plenamente y contribuir al desarrollo armónico de la sociedad en lo económico, social y ambiental. Esa es la libertad que verdaderamente vale la pena proteger.

La libertad es un acto de creatividad y responsabilidad compartidas. Nace en cada uno de nosotros, pero florece en la convivencia. ☺

Director Fernando Cordovez

Editor Gustavo Mauricio García Arenas

Comité Editorial Ana María Echeverri, Arturo Bedregal

Revisión tipográfica Ángela García **Webmaster** Ana Arango

Diseñadora Juana María Mesa Gandur

Villa de Leyva, Alto Ricaurte, Boyacá

conexionzaquencipa@gmail.com

+57 310 7114270



*“Ser artesano es
dejar que el
ALMA
salga a la luz
transformada
en obra”.*

Parque Ricaurte, Villa de Leyva

- 📍 Carrera 9 # 15A-05
- 📷 @almabazar.villa
- 📞 3208732538

Del dominio interior al karaoke social

*Cansada de hacer lo que toca
En vez de lo que le provoca
Viviendo en una burbuja
Que es frágil pero que flota
Viajando hacia adentro se nota
Que es como un llamado a otra cosa
Liberando lo innecesario
Vuelas como mariposa*

Libéralo, Las Áñez, 2025

Por Olga Lucía Riaño

¿Somos realmente libres? Esa pregunta lleva siglos y civilizaciones dando vueltas como canción pegajosa en el pensamiento humano. Desde Sócrates hasta «el sujeto de rendimiento» del poshegeliano B. C. Han, se ha intentado dar respuesta, y aquí seguimos. Eso sí, partamos del hecho de que, si cada individuo va por el camino de la libertad, su colectividad irá por la misma senda.

En la Antigüedad, la libertad era cosa del alma. Sócrates decía que no se podía ser libre si se era esclavo de la ignorancia. Platón la veía como la posibilidad de gobernarse a sí mismo; nada lejos del distante Lao-Tcé, que opinaba que quien se domina a sí mismo es verdaderamente libre. Aristóteles soltó una

frase que todavía estremece: «El miedo es la antítesis de la libertad». O sea, si quieres ser libre, primero vence al monstruo que vive debajo de tu cama, o al menos lánzate a apagar la lámpara.

En las tradiciones orientales, la libertad se entiende como desapego y armonía, en contraste con la premisa occidental de la autonomía individual.

Cuando la humanidad comenzó a «iluminarse», el más libre de los seres, el Quijote de la Mancha,



Sócrates, Platón y Aristóteles

convirtió en algo sagrado la categoría y definió la libertad como «uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos». Un siglo después, Rousseau tuvo a bien recordarnos que nacemos libres, aunque terminamos encadenados por la presión social; Voltaire pidió tolerancia, Kant vio la libertad como el motor de todas las capacidades y Blake remató al advertir que incluso la alegría puede ser una «cadena dorada», de las que brillan bonito, pero igual atrapan; sin saberlo, había pisado el terreno del desapego,

condición que para el budismo es clave al hablar de libertad. Vale decir que en las tradiciones orientales, la libertad se entiende como desapego y armonía, en contraste con la premisa occidental de la autonomía individual.

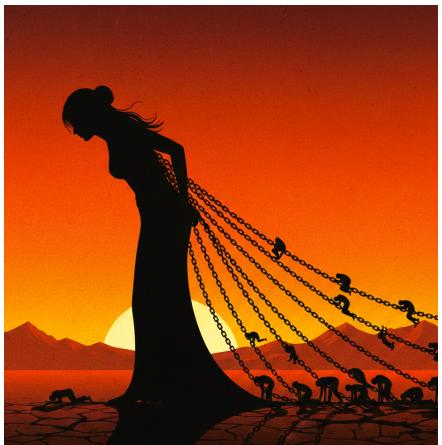
Hacia el siglo XIX y principios del XX, la libertad se refugió en la mente y en la capacidad de errar. Unamuno ofreció una metáfora poderosa sobre la facultad que otorga el saber: «No proclaméis la libertad de volar, sino dad alas». Virginia Woolf,

a su turno, defendió la inexpugnabilidad del pensamiento ante la patriarcal y pacata sociedad: «No hay barrera, cerradura, ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente», afirmó contundente. Más adelante Gandhi reivindicó el derecho a cometer errores como parte esencial de una existencia auténtica; en otras palabras, una vida higienizada y perfecta no es libre. Orwell supo que la libertad podía ser incómoda pues implicaba el derecho a decir lo que no se quiere escuchar; Camus asumió que se era libre si se tenía la oportunidad de mejorar, y Abbey insistió en que solo se alcanza la liberación si se superan los prejuicios.

La libertad demanda una actitud crítica frente a los discursos predominantes y una apertura a la diversidad.

Sumando todo, el resultado es bastante aristotélico: la libertad aparece con la superación del miedo, cualquiera que él sea. Pero hoy ese miedo no es a un tirano externo, sino al aparente vacío de no pertenecer al coro social, aumentado y corregido por una globalización extrema, la inmediatez y la estandarización que nos hace política y socialmente correctos.

El entorno contemporáneo, saturado de estímulos y modelos para imitar, fomenta lo que podría denominarse, como sabiamente alguien



dijo, un «karaoke social». La actual verdadera emancipación no requiere romper cadenas de hierro, sino apagar la pantalla de ese karaoke, dejar de repetir canciones ajenas y, como sugería Sócrates, atreverse a escuchar el conocimiento que llega desde dentro. Solo quien es capaz de silenciar el ruido del mundo para escuchar su propia voz puede, finalmente, proclamarse dueño de su propia vida. Retomando a Han, «quedarse en casa como una forma lúcida de resistencia».

Estamos en un escenario donde imitamos patrones, repetimos discursos y, consonantes o disonantes, nos esmeramos por no desafiar frente a la aprobación pública. Usamos el disfraz del progreso y el consumo y enmascaramos nuestras ataduras con historias de éxito, mientras que, en realidad, nos aferramos a lo que no sabemos dejar atrás.

Muchos crecimos con el estribillo de Bosé ¿recuerdan?: «Libertad, mi sola amiga, cuando era un inocente

y creía que la gente era toda amiga mía». Pues no, no lo era. El imaginario social, bajo el disfraz del triunfo y las promesas de bienestar, tiende a restringir la autonomía individual, perpetuar la dependencia y disparar la conformidad.

Ser libre, en el presente, implica atreverse a vivir sin ataduras, incluso cuando estas aparecen bajo formas atractivas o socialmente aceptadas. Supone la capacidad de escuchar la propia voz y tomar decisiones alineadas con los valores y convicciones personales. Quien comprende que la meta es alcanzar ese grado de autonomía ha tomado la vía que conduce a la liberación.

Sí, no hay que confundirse. La libertad no es un estado que se alcance de una vez y para siempre. Se trata de un proceso continuo de introspección, cuestionamiento y superación. Requiere identificar agobios

y condicionamientos que limitan el desarrollo personal y social, así como la disposición para desafiar las normas cuando estas se convierten en obstáculos para la autenticidad. La historia del pensamiento demuestra que, aunque las formas de opresión cambian, la aspiración a la libertad permanece vigente y desafiante.

Hoy más que nunca, la libertad demanda una actitud crítica frente a los discursos predominantes y una apertura a la diversidad de ideas y formas de vida. Solo así es posible construir una sociedad en la que cada individuo pueda desarrollar plenamente su potencial. A ella se acercan quienes se atreven a apagar la luz, a desafinar, a ser distintos, porque como alegres cronomopios no se cohíben cuando intuyen que están sonando fuera del coro y sacan la caja de tizas de colores para pintar sobre la redonda pizarra de la tortuga una veloz golondrina. ☯



La libertad y sus espejismos



Por José Antonio Salazar-Cruz

La libertad es uno de los anhelos más antiguos de la humanidad, invocada como derecho personal, defendida como patrimonio social y exigida como condición política. Pero cuando intentamos comprenderla, se vuelve menos un logro que un espejismo: una promesa que se aleja cada vez que el hombre avanza hacia ella. Nuestra condición humana —temores y deseos, normas y contradicciones, tradiciones y expectativas— la vuelve tan inasible como los sueños barrocos.

Calderón lo intuyó con precisión: «La vida es sueño». Y Segismundo,

entre cadenas, se lamenta: «Teniendo yo más alma, tengo menos libertad». Si la vida es sueño, la libertad es el sueño dentro del sueño: un claroscuro entre posibilidades y límites, entre aspiración y renuncia. Como Tántalo, condenado a ver el agua retirarse cuando intenta beberla, también el hombre vive sediento de libertad, pero con frecuencia lejos de ella.

Incluso cuando creemos ampliarla —liberando instintos, derribando retenes, desatando pulsiones—, la libertad se disuelve por exceso. El exceso es un enemigo implacable y

sutil: se presenta como emancipación y termina como saturación. La primera visión de un cuerpo desnudo despierta el deseo; pero cuando aparecen sesenta u ochenta cuerpos idénticos, como en los viejos espectáculos parisinos, la sorpresa muere y el deseo se evapora. La abundancia mata el misterio; la repetición disuelve la emoción; la saturación entumece los sentidos. No hay libertad en el exceso: hay anestesia.

Sucede lo mismo con la gula o con la sexualidad degradada a simple bacanal; con las tentaciones más banales o con las más íntimas indulgencias. «Liberar los instintos», dicen, como si la libertad consistiera en tumbar puertas y apagar las luces interiores. Una existencia gobernada por impulsos no es libre: es esclava de ellos. La libertad no nace de lo primigenio, sino de la capacidad de gobernarlo. ¿Podemos hacerlo? Cada cual debe responder desde su propia ilusión y desesperanza.

Spinoza, gran anatómista del alma, lo advirtió con exactitud: «La libertad consiste en comprender la necesidad». No somos libres por elegir sin causa, sino cuando actuamos desde la razón, entendiendo lo que nos determina. La mente es libre en la medida en que comprende y domina las pasiones; lo demás es autoengaño. La imaginación —tan celebrada como un don libertario— también necesita límites: puede elevarnos como Pegaso, pero el sol de la razón, en un punto, derrite la cera de sus alas. La libertad



sin marco racional se evapora en pura fantasía.

Esta libertad amorfa, sin límite ni freno, que algunos romantizan, es otro nombre de «anarquía». La falta absoluta de normas no libera: desintegra. Produce anomia, ese estado de deriva donde el individuo —sin límites ni norte— no es un rebelde, sino un naufrago. Como esos hombres y mujeres que, tras alcanzar el ansiado divorcio o la temida viudez, descubren la pregunta temible: «Soy libre... y ahora, ¿para qué?».

El exceso es un enemigo implacable y sutil: se presenta como emancipación y termina como saturación.

Las disyuntivas —no la abundancia infinita de opciones— son el verdadero escenario de la libertad. No se es libre por poderlo todo, sino por saber elegir entre lo posible. Toda elección implica una renuncia; todo camino exige abandonar otros. La libertad es, en el fondo, un acto de renuncia responsable. Y, a veces, la sobreabundancia de opciones genera más inseguridad que serenidad. Nos aleja de la tranquilidad, esa forma de felicidad aséptica e insípida.

Como decía Zygmunt Bauman: «La felicidad no está en ser totalmente libre, sino en aprender a vivir con nuestras dependencias».

La historia, siempre paciente con sus pocos discípulos, enseña que también las sociedades atraviesan su propio tormento libertario. El siglo XIX colombiano, el de las independencias, es un ejemplo trágico de los efectos derivados de la confusión entre independencia y libertad. Fuimos independientes, sí, pero no necesariamente libres. Sin contar la guerra de Independencia —que muchos consideran más bien una guerra civil entre españoles peninsulares y criollos—, el país padeció al menos nueve guerras civiles nacionales y más de cuarenta levantamientos regionales. El «ágrafos derecho a la insurrección», consagrado en Rionegro en 1863, produjo más de cincuenta rebeliones en menos de veintitrés años. Como recuerda Malcolm Deas, la Guardia Nacional Federal jamás tuvo más de mil hombres para controlar semejante desmadre. Independencia sin un poder coercitivo mínimo no garantiza libertad: garantiza caos.

Para los colombianos, el XIX fue un siglo saturado de violencia, donde el romanticismo político —importado, distorsionado y mal digerido— justificó matanzas en nombre de ideales abstractos. Jóvenes poetas, clérigos, abogados recién graduados y caudillos inflamaban a la población con doctrinas que glorificaban la muerte heroica y la violencia purificadora. La libertad se convirtió en pretexto para la guerra; y la guerra, en estilo de vida político, que no acabamos de superar. Ese ambiente terminó supurando en la guerra de finales del siglo y justificó, o al menos permitió, la expedición de

la Ley 61 de 1888, la célebre Ley de los Caballos. Miguel Antonio Caro la defendió con su célebre frase: «La prensa irresponsable va como un caballo desbocado al que hay que ponerle bridás».

La libertad se convirtió en pretexto para la guerra; y la guerra, en estilo de vida político, que no acabamos de superar.

Aquella ley otorgó facultades extraordinarias al Ejecutivo para reprimir conspiraciones y controlar la vida pública. No fue noble ni republicana, sino el reflejo de un país exhausto. La libertad desbordada había comenzado a destruir la convivencia, y las palabras inflamadas se convertían en balas verbales que pronto derivaban en balas reales. Como siempre, el péndulo osciló hacia la restricción: *corsi e ricorsi*.

Y aquí entra Voltaire, agudo centinela de la moderación. Él, que desconfiaba tanto del absolutismo como del fanatismo, entendió que la libertad necesita límites racionales para sobrevivir. «La libertad —escribió— consiste en no depender de la voluntad de otro». Esa libertad solo puede existir si las instituciones mantienen a raya a las pasiones. Voltaire sabía que el alma desbordada —ya fuera por la pasión religiosa, política o moral— destruye la libertad.

Por eso defendió la tolerancia: no como complacencia, sino como método civilizatorio para evitar que el entusiasmo se vuelva violencia. Colombia, en el siglo XIX, careció precisamente de ese espíritu volteiano de contención.

La pregunta, entonces, permanece abierta y terrible: ¿Cuánta libertad puede soportar una sociedad sin fragmentarse? ¿Y cuánta restricción sin asfixiarse?

No existe respuesta definitiva. La libertad es un equilibrio que se renegocia día tras día. Un país que pierde su libertad pierde su alma; un país que confunde libertad con licencia termina hundiéndose en el caos.

Tal vez la libertad nunca ha sido un destino, sino —como la felicidad— un camino inestable, una tensión perpetua entre orden y desorden, imaginación y realidad, deseo y renuncia. Quizá somos criaturas tantalizadas, condenadas a perseguir lo que nunca logramos alcanzar del todo.

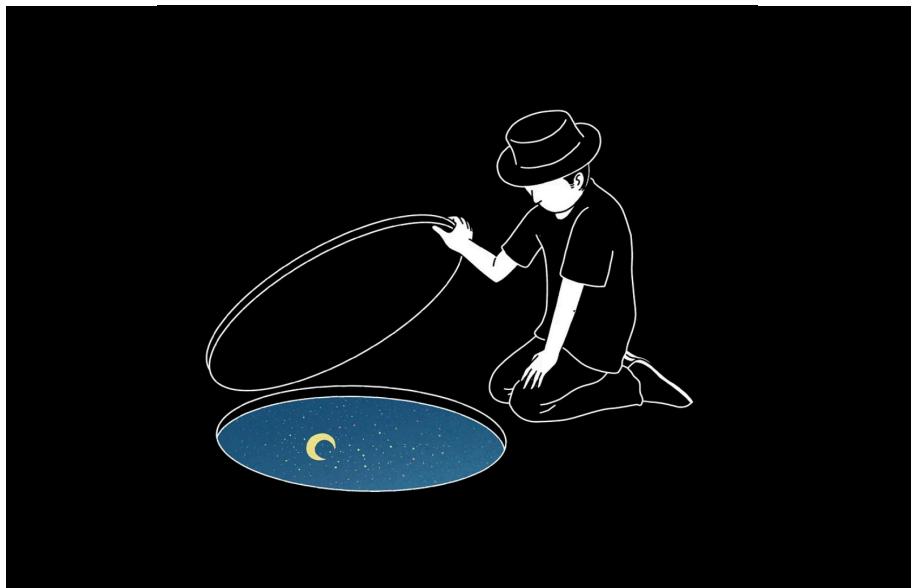
En esa búsqueda —cuando es consciente, razonada y lúcida— reside precisamente la dignidad humana. «Sueño que soy una mariposa, o soy una mariposa que sueña» (Chuang-Tzú, siglo IV a. C.).

Epílogo

«El mal no existe. Es una corrupción de la bondad por el abuso del libre albedrío». ☯

—AGUSTÍN DE DIPONA

Una locura llamada libertad



Por Rosa Suárez Prieto

A finales de la década de los años setenta del siglo pasado, me encontraba dando mis primeros pasos como investigadora en los hospitalares psiquiátricos de Bogotá, indagando sobre el mundo de la «locura». En uno de ellos me sucedió algo muy curioso que ha dado lugar para reflexionarlo y recordarlo, además, como algo gracioso.

Un día cualquiera me encontraba en un hospital psiquiátrico de Bogotá, con un grupo de mujeres «loquitas», como cariñosamente se autodenominaban, en horas de

la tarde ya finalizando nuestra actividad del día; hablábamos y comentábamos a manera de «cierre» sobre sus sentires del día y, en ese momento, ingresa la monjita que ese día estaba de turno para velar por «el cumplimiento de la rutina hospitalaria» y quien antes estaba a cargo de otra sección del hospital. Ante su presencia, comenzamos a despedirnos y darnos los agradecimientos respectivos con abrazos, lo que llamó la atención de la monjita y, dirigiéndose a mí, me pregunta: «Oiga, espere un momento, ¿Cómo así que se va?, ¿Quién le autorizó su

salida?». Naturalmente le expliqué que era una psicóloga investigadora del Instituto Colombiano de Antropología y que tenía la autorización de la dirección de la clínica para tal fin; como no pude mostrarle la carta porque la tenía mi compañero, seguí mi argumentación, ante la mirada cada vez más incrédula de la monjita que, además, se aseguraba de tener el control total de la puerta de ingreso al salón y así poder impedirme cualquier «intento de fuga».

Lo que denominamos como «locura» se considera una pérdida de la libertad, dando lugar a que la mente se convierta en la cárcel del cuerpo.

Por estar pensando y tratando de aclarar el «impase», en ese instante, no hice caso de las señas y gestos de las «loquitas» que, preocupadas, me hacían para que no siguiera «argumentando», pues, por experiencia propia, sabían que todo lo que dijera sería tomado en mi contra; aun así, seguí mi defensa señalando que ya llevaba tres semanas de acompañamiento psicosocial con ellas y otros pacientes ante lo que, finalmente, la monjita me interrumpió y manifestó lo que sentí como una sentencia: «Muy interesante su argumentación, aquí todas están de paso y son personas que no tienen problemas y están aquí por motivos equivocados, lo que me confirma lo

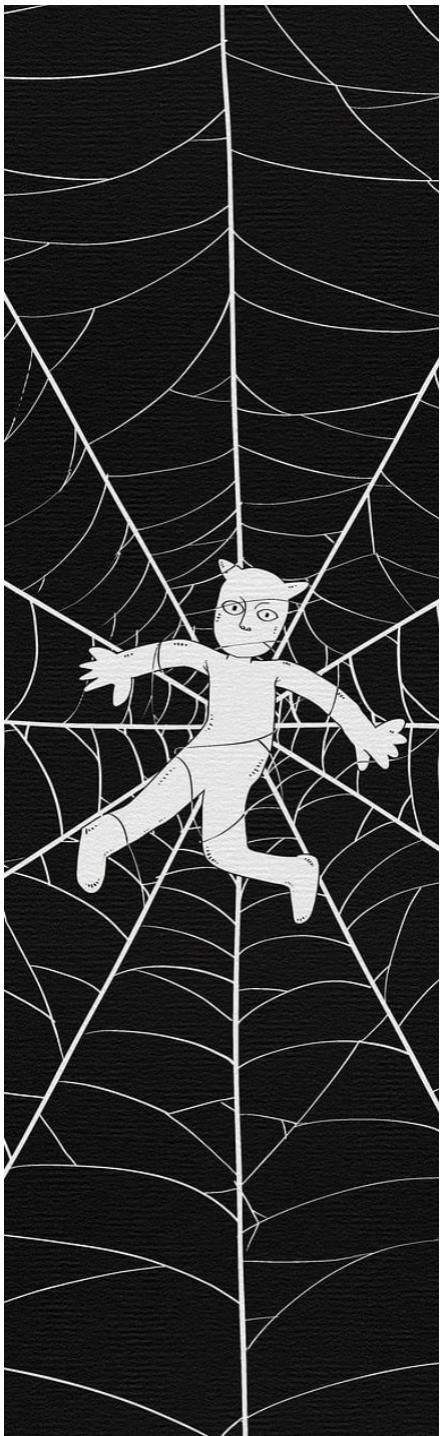
bien estructurado de su delirio, así que, por favor, siga con sus compañeras al comedor». Ante semejante mandato, no tuve otra opción que guardar silencio y hacer caso a los gestos y señas de «mis compañeras» de cerrar la boca y obedecer al mandato de lo que se considera socialmente «la normalidad» y seguir resignadamente hacia el comedor.

No me había dado cuenta del tiempo transcurrido durante mi «defensa» con la monjita; lo cierto es que fue largo y suficiente para que, por fin, mi compañero, quien se encontraba en otro pabellón del hospital, sintiera mi demora y fuera a buscarme sin imaginarse siquiera que acudía a mi rescate. El comedor estaba un poco distante del lugar del pabellón donde nos encontrábamos, atravesamos un largo pasillo que lo viví como eternamente interminable. A pocos pasos de llegar al objetivo, aparece mi compañero y, al verme, me llama y empieza a preguntar el porqué estaba por ese lugar. Miré a la monjita y le dije: «¡Se da cuenta, hermana, que es verdad lo que le dije?». Sin embargo, ella, aún escéptica y suspicaz, se dirigió a mi compañero exigiéndole que le mostrara la carta de autorización, la cual, afortunadamente, tenía. La tomó y leyó detenidamente, y con una expresión, de no mucho agrado, aceptó su «error» y, muy a regañadientes, se disculpó. Sentí un gran alivio y la solidaridad de mis «compañeras» no se demoró en expresarse; aplaudieron y me abrazaron con gran cariño y agradecimiento por el acompañamiento de ese y los días que compartimos.

Continuamos por dos semanas más nuestro trabajo en las que día a día, llevé siempre conmigo una copia de tan importante carta.

Este episodio aún suscita en mí muchos sentimientos encontrados. Tal vez el que aún perdura con mayor intensidad es el de la percepción y concepto que en general tienen las personas de nuestra sociedad sobre lo que denominamos como «locura» y cómo esta se considera una pérdida de la libertad, de la razón, es la sin razón, dando lugar a que la mente se convierta en la cárcel del cuerpo. Todo aquello que se considere fuera de contexto e incumplimiento de las normas, el pensar y sentir diferente ya es causa de «vigilancia y control». Tememos ser diferentes, dejarnos llevar por los sentimientos y emociones, abrazar un árbol, escuchar el sonido del viento y soñar con volar, no cargar culpas y ser consecuentes con el pensar, sentir y actuar es ya motivo de alerta. Vivimos en un campo de batalla entre la locura y la normalidad, en una sociedad que muchas veces no nos deja ser, coarta la libertad con normas que ni sus miembros acatan. Nos hacen creer que somos libres cuando en realidad somos esclavos de una sociedad de consumo.

En fin, son múltiples aspectos que ameritan reflexión y que, espero, en otros espacios la podamos hacer. Es tan solo una invitación para que podamos ser libres y «nunca te dejes poner el tornillo que te falta», como bien lo señala una frase expresada en un grafiti callejero. ☺



Hermano Duc Tri: «Desmitificar al Buda»



Por Ana María Echeverri

Esas fueron las primeras palabras que pronunció el hermano Duc Tri, de la tradición del maestro Thich Nhat Hanh, al comenzar su charla. «No sólo por medio del budismo alcanzamos el despertar; cada cultura tiene sus creencias y su camino, y todos son igualmente válidos».

Y así, cuestionándolo todo desde muy pequeño, va por la vida Carlos Pereda (hoy el hermano Duc Tri). Nacido en México dentro de una familia católica, con un padre muy

estricto y una madre amorosa que siempre apoyó todas sus locuras y disidencias, tuvo su primer encuentro con dios por medio de las monjas de su escuela primaria, y también su primera frustración: «Cada vez que cuestionaba los dogmas, las personas a mi alrededor me respondían: ¡No debes cuestionar esas cosas, debes tener fe!».

Pero su curiosidad sin límites y su rebeldía encontraron un obstáculo: su padre no estuvo de acuerdo en



que estudiara música. Empezó entonces Derecho, donde se encontró con José Hugo Martínez, un gran maestro que le enseñó no solo a argumentar y rebatir, sino a ir al fondo de las cosas, a cuestionarlo todo, incluso la ley y la religión. «Para mí fue la experiencia más maravillosa de emancipación, y supe que quería dedicar mi vida a ayudar a otras personas de la misma manera en la que mi maestro me ayudó». La búsqueda de la verdad lo llevó a estudiar Filosofía. «La filosofía me ayudó a emanciparme de todo tipo de autoridad, incluyendo la autoridad de mi papá. Uno aprende a liberar su mente de los dogmas, de las verdades establecidas. De todo lo que le han enseñado. Y para mí eso implica una toma de responsabilidad sobre la propia vida».

En tercer semestre de Filosofía cayó en sus manos el libro *El yoga de los sueños*, que lo hizo encaminarse hacia el budismo: «Si la filosofía me ayudó a liberar mi mente, la meditación y el budismo me ayudaron a liberar mi corazón, porque yo hasta ese momento todavía guardaba muchos rencores en mi vida. Me di cuenta de que si quería estar bien, necesitaba sanar esa parte de mí».

«La libertad es autodeterminación, es ser arquitecto de mi propio destino; soy libre cuando tomo mi destino en mis manos».

AME. ¿Cómo hizo para lograrlo?

DT. Dediqué mucho tiempo a contemplar profundamente las condiciones de sufrimiento de mi padre. Me di cuenta de que si yo hubiera vivido las mismas cosas, sin duda sería igual que él. Cuando comprendí eso, mi rencor y mi enojo se disolvieron. Entendí que sus acciones que me causaban malestar eran expresiones de su condicionamiento y de su sufrimiento. Entonces, en lugar de enojarme con él, trato de ayudarlo.

Un día Duc Tri encontró un libro de Thich Nhat Hanh*, donde hablaba de los catorce preceptos de la orden del interser (ahora catorce entrenamientos), «los tres primeros conectaron profundamente con mi

aspiración. El primero es: no seas dogmático, ni te apegues a ningún credo, ideología, ni religión, incluido el budismo. El segundo: no creas que tienes la verdad absoluta y mantén tu mente abierta a cuestionar tus propias ideas y a escuchar los puntos de vista de los demás. Y el tercer precepto: no uses la fuerza, la autoridad ni el poder para forzar a los demás a adoptar tus puntos de vista, especialmente a los niños. Sin duda, eso me inspiró mucho para convertirme en monje en esta tradición».

Cuando usted dice que hay que desmitificar a Buda, ¿qué quiere decir?

Creo que vivimos en un momento de la humanidad en el que podemos desarrollar nuestra



© Ana María Echeverri

espiritualidad sin necesidad de creer en elementos mágicos, milagrosos, sobrenaturales. El pensamiento crítico no está peleado con la espiritualidad. Creo que si Buda hizo algo realmente milagroso fue desarrollar su capacidad de comprender, de perdonar y de vivir en paz.

«Vivimos en un momento de la humanidad en el que podemos desarrollar nuestra espiritualidad sin necesidad de creer en elementos mágicos».

¿Eso cómo se logra?

Las enseñanzas del Buda nos ayudan a desarrollar nuestra visión profunda de las cosas, para responder de una mejor manera a cada situación; al hacer esto, nuestras acciones traen armonía al mundo; eso para mí es la espiritualidad y podemos cultivarla. Una manera de practicar esto es respirando conscientemente, esa es la práctica básica que nos ayuda a establecernos en el momento presente y generar comprensión y compasión dentro de nosotros.

El budismo parte de que el sufrimiento existe, ¿cómo lo viven ustedes?

La tendencia de la mayoría de los seres humanos es a deshacernos del sufrimiento. En nuestro camino

aprendemos a mirarlo profundamente, con Plena Consciencia, y a transformarlo, a no quedarnos atorados en él. En mi caso, una frustración ocasionada al estar en un ambiente en donde no podía pensar libremente o cuestionar ciertas cosas, se convirtió en la aspiración que le da sentido a mi vida. Me siento agradecido de haber vivido esos momentos y digo «gracias sufriente porque me ayudaste a darle sentido a mi vida».

Una manera de practicar con nuestras emociones es la siguiente: «Inspiro y soy plenamente consciente de mi emoción (enojo, ansiedad, tristeza, etc...); espíro y tomo buen cuidado de mi emoción»; inspiro: «mi querido enojo, ya te vi, sé que estás aquí»; espíro: «no te preocupes, yo voy a cuidar de ti». Genero dentro de mí esa energía de amor que toma buen cuidado del enojo, el dolor, etc., y así la emoción ya no controla mis acciones. Parece demasiado fácil, pero funciona.

¿Qué es para usted la libertad?

Para mí ser libre es ser capaz de tomar decisiones con Plena Consciencia, y tomar responsabilidad tanto de mis acciones, como de mi pensamiento. Por eso practico el escepticismo y no creo en creer, sino que procuro tener experiencia directa de las cosas. Para mí la libertad es autodeterminación, es ser arquitecto de mi propio destino; soy libre cuando tomo mi destino en mis manos y no culpo a otras personas o a las circunstancias de lo que sucede en mi vida.

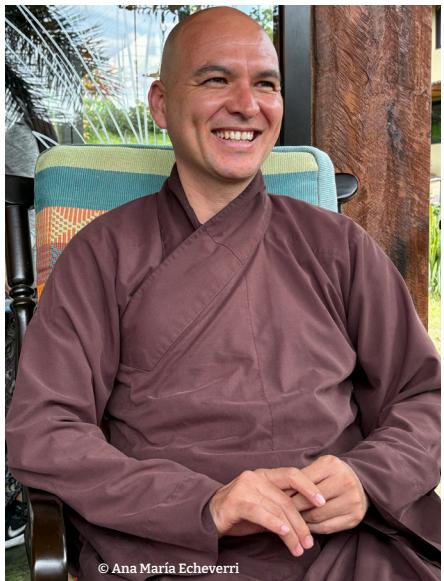
Cuando uno vive en una comunidad que tiene reglas, ¿se puede ser libre?

Las reglas y normas únicamente te quitan la libertad cuando no obedecen a la justicia y al orden. Las reglas y normas que aplicamos en el monasterio están alineadas con mis principios y valores; por lo tanto, no siento que limiten mi libertad. Parte de mi entrenamiento monástico es cuestionar las cosas y no creer ni obedecer algo ciegamente, simplemente porque lo dice una regla o porque viene de una autoridad. Libertad es también ser uno mismo su propia autoridad, su propio autor. Las reglas del monasterio apoyan condiciones para que cada uno pueda ser su propio autor, su propio maestro.

«Supe que quería dedicar mi vida a ayudar a otras personas de la misma manera en la que mi maestro me ayudó».

¿Cómo un hombre que tiene dos carreras y además es músico, decide dejarlo todo para hacerse monje? ¿No es eso perder la libertad?

Para mí la libertad tiene mucho que ver con el orden. Cuando hay orden en la vida uno fluye con libertad. Me ordené como monje; esto quiere decir que ordené mi vida, puse mis prioridades en orden, dedico mi tiempo y mi energía a las cosas que considero más importantes: el



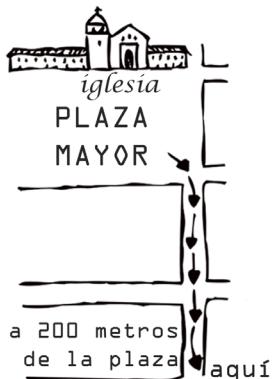
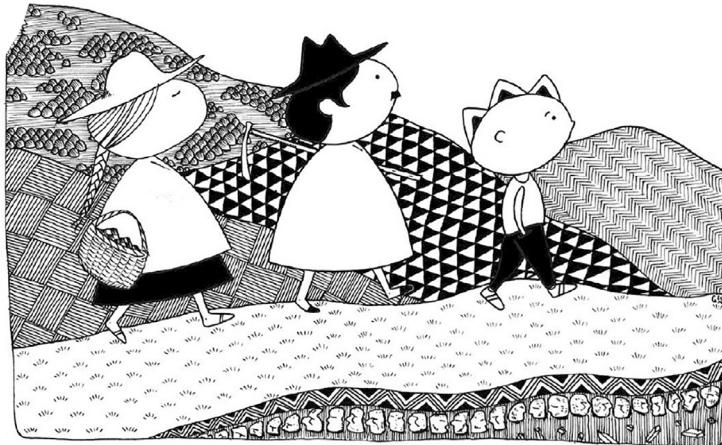
amor, la compasión, la comprensión, la paz interior, y eso me hace sentir muy libre. Dejarlo todo para hacerse monje no es perder la libertad. «Dejarlo todo» para mí significa dejar todas las distracciones que me impedían dedicarme a seguir mi aspiración más alta en la vida. ☯

* Thich Nhat Hanh fue un monje budista zen vietnamita, abandonado de la paz que combinó la vida contemplativa con la acción social, creando el «budismo comprometido». Su práctica se centra en la Plena Consciencia para estar presente en cada acción; el concepto del «interser», según el cual TODO está interconectado; la paz del mundo empieza con la paz interior; la práctica del habla amorosa y la escucha profunda y el manejo consciente del sufrimiento, abrazando las emociones dolorosas.



est.
2015

*¿En Villa de Leyva y
aún no conoce este lugar
tan bonítico?*



Promovemos la cultura
territorial a través de la
narrativa gráfica

Para llegar sigue
el mapa o escanea
este código



CII 12 # 11 - 45

tel. 3204389380 @campesinasumerce

Mi libertad

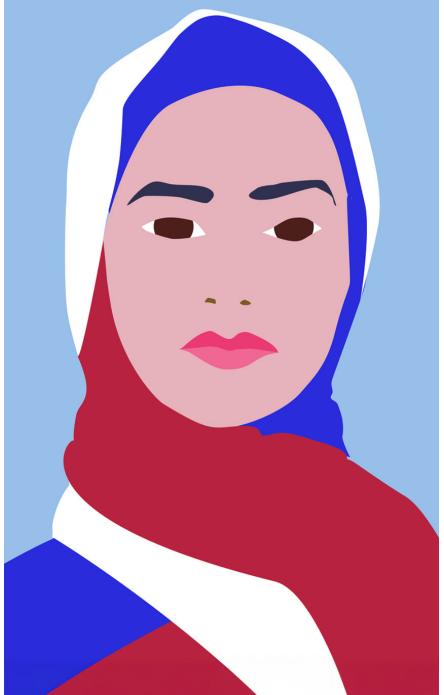
Por Ana María Constaín

Al pensar en la palabra «libertad», emerge la sensación de mi cuerpo con todas sus limitaciones. De alguna manera vivir en un cuerpo es ya en sí mismo perder libertad. Mis sentidos solo perciben un rango de colores, sabores, olores, temperaturas. Mis músculos solo pueden estirarse hasta cierto punto. Mi tamaño me impide caber en todos los espacios o alcanzar algunas alturas. Solo puedo moverme de ciertas maneras. Hay un rango posible de aquello que es digerible y asimilable, por lo cual no puedo ingerir lo que se me ocurra.

**Libertad. Lavado
de cerebro.
Manipulación
mediática.
Estrategias
de mercadeo.
Conductismo
acérrimo.
Determinismo
biológico.**

Libertad. Esas letras se dibujan en mi mente y las acompaña una ráfaga de imágenes. El pago de impuestos, el horario escolar de mis hijas, los uniformes que deben ponerse, mi agenda con compromisos inamovibles, el semáforo de la circunvalar, la señal de prohibido, el cartel que dice cerrado en la puerta del supermercado, el anillo de casado del joven que me mira con aire seductor.

LIBERTÉ ÉGALITÉ FRATERNITÉ



Libertad. Pienso en la crianza de las niñas, en la casa y sus interminables labores. En las relaciones humanas, las peleas, los conflictos. Las heridas. Lo que no puede decirse.

Libertad. Llegan recuerdos. Imágenes de censura. Guerras ideológicas. Violencias sistémicas. Castigos. Represiones. Líderes autoritarios. Religiones dogmáticas. Infancias encerradas en un marco de una normalidad impuesta.

Libertad. Lavado de cerebro. Manipulación mediática. Estrategias de mercadeo. Conductismo acérrimo. Determinismo biológico.

¿Libertad?

(Miro a mi alrededor. ¿Qué de esto he elegido? ¿Elegimos algo? ¿Existe realmente el libre albedrío?)

Sí, libertad.

La libertad de cuestionarlo todo: maternidad, monogamia, género, capitalismo, catolicismo, normatividad, normalidad. La realidad misma.

De hacerme las preguntas y aunque no llegue a unas respuestas absolutas, libertad de elegir la vida, elegirme a mí y a los míos, elegir la aceptación de mi condición humana.

Libertad de encontrar a Dios, de amar, de tener curiosidad, de crear, de ver más allá de lo evidente y encontrar la belleza en donde parece perdida.

Mi libertad, la de ir al hogar, sin importar el lugar. ☺



La singularidad de la libertad estoica: La destreza de rendirse

Por Fernando Cordovez

Cuando escuchamos la palabra «libertad», nuestra mente de inmediato dibuja postales de ensueño: tarjetas de crédito con cupo ilimitado, trabajar en pijama con vista al mar preferiblemente (aunque la arena sea una pesadilla para el teclado) y, en esencia, hacer lo que nos plazca, cuando nos dé la real gana.

No se trata de la libertad de hacer, sino de la maravillosa libertad de no dejarse perturbar.

Pero si tuviéramos la fortuna de sentarnos con un café frente a Epicuro —ese exesclavo que se convirtió en filósofo estoico—, él nos miraría con una sonrisa tan genuina como zen y nos diría: «Estás buscando la libertad en el lugar equivocado. La verdadera independencia florece cuando, paradójicamente, decides encadenarte a ti mismo».

Y aquí viene la primera verdad, dicha con una honestidad que



desarma: la libertad estoica es esa broma cósmica que solo los que se atreven a mirar dentro de sí mismos logran entender. No se trata de la libertad de hacer, sino de la maravillosa libertad de no dejarse perturbar.

Es esa paz mental que se instala en el alma, con la calma profunda de un monje tibetano y la resignación sabia de un colombiano un 24 de diciembre: entre el 80 % y el 90 % de lo que ocurre a nuestro alre-



dedor, sencillamente, se escapa de nuestro control. Sí, como el clima, la opinión de los suegros, el trancón monumental y ese festivo en el que toda la gente de la capital decidió ir al mismo pueblo de Boyacá a «descansar».

La independencia florece al encadenarte a ti mismo.

El corazón del estoicismo es tan inocente que parece infantil. La famosa «dicotomía del control» nos

invita a jugar clasificando lo que nos rodea en dos baldes: 1) *cosas que dependen de nosotros*: mis juicios, mis valores, el esfuerzo que pongo, y 2) *cosas que no dependen de nosotros*: los politiqueros, el precio del dólar, ¡el algoritmo de Instagram y el hecho de que nos llueve el día del picnic!

El estoico, armado con estos dos recipientes, observa al resto de la humanidad. Nos ve comportándose como niños pequeños haciendo pataleta, sufriendo con una intensidad dramática por cosas que ni

siquiera han pasado. Desde esa perspectiva, es comedia pura: gastamos nuestra energía mental como si a punta de quejas pudierámos forzar a la realidad a cambiar.

Decía Séneca: «Sufrimos a menudo más en nuestra imaginación que en la realidad».

Cuando nos roban el celular, la reacción natural podría ser el tranquilo *amor fati* (amor al destino) de Marco Aurelio, pero muchas veces se manifiesta con una piedra cósmica digna de una telenovela. Pocas veces pensamos: «¡Ah, mira! Oportunidad para cambiar ese aparato lento que llevaba tres años rogando ser jubilado».

Aceptar requiere un nivel de desapego que a veces parece de otro planeta, pero, según los estoicos, es el camino directo a la libertad. ¡Casi nada!

La libertad estoica consiste en despedir a esa carcelera y asumir nosotros mismos la dirección de nuestras emociones.

Si todo lo externo es inconsecuente para la felicidad, ¿dónde se libra la verdadera batalla por la libertad? En el único lugar donde somos monarcas absolutos: *nuestra mente*. Epicteto lo dejó clarísimo: «Lo

que perturba a los hombres no son las cosas en sí mismas, sino las opiniones que tienen sobre esas cosas».

Si pensamos: «Llover es malo», nos convertimos en prisioneros de la casa. Si simplemente observamos: «Está lloviendo», seguimos siendo libres, aunque nos toque saltar entre piedras y espontáneos riachuelos con la temeridad de un *reality* de supervivencia.

Nuestra mente, que debería ser nuestra aliada, a veces actúa como verduga, enviando correos a las 3 a.m.: «¡Urgente: esto es terrible!» o «Mira cómo te deshonraron, ¡hay que responder!». La libertad estoica consiste en, con mucha firmeza, despedir a esa carcelera y asumir nosotros mismos la dirección de nuestras emociones.

Al final, la libertad para los estoicos no es un destino geográfico (puedes estar en el ostracismo o en Grecia) ni una cifra en tu cuenta bancaria (puedes ser esclavo o emperador). Es puramente psicológica: la capacidad de estar en cualquier circunstancia sin perder nuestra coherencia interna.

Al desear solo lo que ya tienes, paz mental, juicio, valores, te conviertes en la persona más rica del planeta, porque ya posees todo lo necesario para ser feliz y gozar de la libertad. Y esa es la singularidad más grande y divertida del estoicismo: el estoico es libre porque, de manera consciente, elegante y hasta un poquito valiente, ya se rindió a la realidad. ☺

Libertad mínima necesaria



Por Fernando Baena Vejarano

Dicen muchos filósofos que somos el único animal definido por su propia libertad. Yo agregaría que por eso mismo apenas nos vamos humanizando. La nuestra es una sistemática y simultánea —cada vez más sofisticada— historia de estrategias para esclavizarnos los unos a los otros. Pero no solo se trata de cortarle la cabeza al rey. Ser libres va más allá de hacer lo que nos dé la gana.

En mi obra *Holosofía de la libertad*, hay dos definiciones sobre los requisitos para nuestro pleno

florecimiento como seres humanos: la que alude a los mínimos y necesarios para no vivir coartados, y la que demarca el camino recorrible por caminos cada vez mayores de realización de nuestro inmenso potencial. Por debajo de la mínima libertad necesaria, todo es un purgatorio de miedo, control, conflicto premeditado, manipulación, hipnosis narrativa, sectarizada y sectaria; ideologías constrictivas, e instrumentalización de la esperanza con falsas promesas mesiánicas. Lenguaje orwelliano. Mentirocracia. Ciertas agendas nos venden su fu-

turismo libertario pintado de abanicos preferenciales e identitarios. Pero eso no basta. Elegir del menú tampoco es todo.

Por encima de la mínima libertad necesaria, hay dos escenarios: el primero, una sociedad conflictiva, pero democráticamente funcional, que evolucione a punta de avances y retrocesos, imperfecta, pero preferible a la distopía mecánica de conciencias doblegadas por un poder hegemónico. En el mejor de los casos —y aunque confunda la felicidad social con un mercado de necesidades satisfechas—, eso se parece al éxito de los Países Bajos. El segundo escenario es mi sueño: un planeta que a su ritmo descubra que se paladea la felicidad mejor cuanta más unidad con todo pueda sentirse; vida que gire alrededor de la elevación de conciencia y el amor compasivo por todos los seres sintientes.

Me dirán que deliro con pleyadianos y ángeles. Es verdad: en mi novela *El Despertar del colibrí* me imaginé un neochamánico reseteo, al estilo kogui, del sapiens sapiens, quien entraba por fin en su propio corazón, para rediseñarlo todo hasta volver una bruma esta actualidad polarizada. Me pesa ser un extraterrestre asombrado de haber encarnado a la fuerza en este planeta caótico. Vivo en una nube. Un día los invito a montarse en la canasta, para subir en globo hasta mi casa.

Pero también sé bajarme de la nube, hasta aterrizar en el supermercado de ofertas de sentido que se pagan

perdiendo toda capacidad crítica. Unifican. Dan la sensación a sus adherentes de que tienen razón, porque si hay millones como ellos —así piensan—, no pueden estar equivocados. Generalmente los une haber sufrido un mismo tipo de desgracia. O ser muy jóvenes e ingenuos, creyendo que su utopía es cosa fácil. Y tener a un sociópata como líder. Ahora tienen la verdad. Y el que tiene un argumento irrefutable sale de inmediato a masacrar al que se oponga. No importa si se toman al almuerzo esa copa de veneno con la mano derecha o con la izquierda. Les sabe igual de rico. Obviamente hay un antídoto: el pensamiento inteligente. Haberse entrenado en conciencia emocional. Todos podemos reeducarnos, si nos habituamos a trascender nuestras emociones más gregarias.

**Me pesa ser un
extraterrestre
asombrado de haber
encarnado a la fuerza
en este planeta caótico.
Vivo en una nube.**

Lo primero es reconocer nuestras reacciones, dejar de actuar como títeres dirigidos por nuestra inercia cavernícola, identificando los mecanismos del sesgo de confirmación, raíz del fanatismo. Y tomando medidas autocorrectivas. Ojalá hacerlo desde niños. Hecho el trabajo propio, apoyar esos mismos aciertos de conciencia emocional en otras personas. Tu mejor amigo no es el que te halaga ni el que te da la

espalda o te llama a insultar cuando lo contradices, sino el que con respeto te conversa en actitud de construir una verdad conjunta. No siempre habrá gente dispuesta a admitir que ha pensado deficientemente. No hay tiranos de mente abierta.

No solo se trata de cortarle la cabeza al rey. Ser libres va más allá de hacer lo que nos dé la gana.

Si queremos una sociedad que sostenga o alcance la libertad mínima necesaria, necesitamos reconocer que —además de comer, procrear y cuidar nuestra prole— estamos programados animalmente para identificar enemigos o presas, y para convocar al grupo a actuar contra esos objetivos coordinada y unificadamente. Esto último no se lograba —antes de la invención del pluralismo deliberativo—, si no era convenciendo a todos de lo mismo. No se cazaba al mamut si cada quien salía a hacer lo que le diera la gana. Todavía no sabíamos que la palabra era la punta del iceberg del espíritu, y que con ella y su inmensa base, además de mitos, dogmas y magias, se convocaban ciencias, poemas y filosofías; avances civilizatorios, arte sublime, claridades místicas, debates y democracias. Menos aun sabíamos que el silencio interior pacifica la mente controversial (maniquea, violenta) y prepara el alma para encuentros profundos (dialógicos, integrativos). Necesitábamos antaño convencernos todos de lo mismo.

Éramos tribus, que es lo mismo que sectas.

El líder necesitaba convencer, y así nació la oratoria: jamás reconocería estar equivocado. Hoy eso se llama hacerse a una imagen. Imagen, oratoria y poder: la santa trinidad del despotismo. Ahora se logra controlando un algoritmo. Cada fanaticada era una burbuja refractaria. Como hinchas de fútbol, pero sin estadios. Los súbditos eran unos zalameros lamesuelas, como ahora: sabían que corrían el riesgo de ser territorialmente expulsados, o de perder sus contratos, y que la reprobación grupal era una condena a muerte. Hasta se convencían de sus propias mentiras para imaginarse del lado de los buenos. ¿Y los demás? Pues a designarlos como gente mala: infieles, pueblos no escogidos por Dios, inmigrantes latinos, indígenas sin alma, rusos desalmados, capitalistas gringos o blanquitos ricos. Stalin. Mao. Pinochet. Trump. Política y religión de la peor calaña. La misma historia girando en círculo.

¿Está en los genes? Tener la razón nos obsesiona; no perder puntos ante nadie. Y todo esto lo explica el sesgo de confirmación. Para escapar de su trampa hay que saber que no solo distorsionamos lo que percibimos sino también lo que buscamos percibir. Para no reconocer ideas erróneas a las que les apostamos el sentido de nuestra vida..., culpamos a alguien. Mecanismo proyectivo. Sentimos odio por el oponente; se nos ocurre que no puede ser que hayamos vivido para nada.



Pero hay estrategias para construir amores, silencios, acuerdos y abrazos. Por ejemplo buscar activamente fuentes que nos contradigan y anotar inmediatamente esas evidencias incómodas, pues tendemos a olvidarlas (Peter Cathcar Wason lo demostró clínicamente). Hay una neurología del fanatismo y otra de la libertad. Las neuronas prefieren seguir las mismas rutas cerebrales para usar una mínima energía al tomar decisiones urgentes. Colectivamente eso se llama dictadura constitucional. Hay que crear nuevas avenidas neuronales. Cuesta más trabajo mental, pero nos arrepentiremos menos, colectiva y personalmente. Eso se llama perfeccionar la democracia.

El narcicismo grupal es el hueco para caer al absolutismo. Busquemos asociar de maneras novedosas conceptos y datos. Repasemos la manera que tienen nuestros opositores de asociar ideas, antes de examinarlas con ellos detalladamente —como propuso Anatole Rapoport—. Así surgió la ciencia y la filosofía. No saber reconocer otros puntos de vista es no haberse educado en lo absoluto. Cambiar de opinión cuando las evidencias lo exigen es señal de inteligencia mínima. La necesitan electores y elegidos. No apagaremos el fuego poniendo más leña. ☰

Libertas, libertad, Liberty



© Diego De Castro

Por Diego De Castro Korgi

Desde un puerto ubicado en el Battery Park en Nueva York, sobre el río Hudson, zarpa un *ferry* con su cupo completo; es blanco y grande, con inmensas ventanas en sus dos pisos, plataformas para observar de pie el paisaje más cerca del agua y amplias sillas para sentarse durante el viaje. Suena la sirena anunciando la salida y se dirige al sur hacia la amplia bahía, sobre un río en calma. Un guía de lengua inglesa recita con su micrófono el relato turístico aprendido y calculado; parece que nadie le prestara

atención; la gente camina de un lado a otro, mira por las ventanas y sale a las plataformas. Al lado izquierdo, el perfil de Manhattan inconfundible, se refleja en el agua, a retazos, en un mágico movimiento. El guía gasta su tiempo explicando la geografía del lugar y las ciudades que vemos a lo lejos: al lado derecho New Jersey, con su silueta de edificios, parece más nueva y pequeña que Manhattan, que con sus rascacielos inmensos semeja un bosque de cemento. El río se vuelve más ancho y las riberas se ven más

lejos; pasan otros barcos en dirección contraria produciendo un ficticio oleaje; suena de nuevo la sirena y el guía nos muestra los muelles de carga, entre ellos el más antiguo, el primero que se construyó en Nueva York, que hoy, abandonado, es una ruina que se hunde en el agua salada de la esquina del downtown.

Esta diosa impasible de cobre verde, expuesta a la sal del mar, es aquí la pretendida representación de la democracia ateniense.

La desembocadura del río adquiere dimensiones oceánicas y se abre más el panorama, se alejan Manhattan y New Jersey y aparecen más cerca dos pequeñas islas, una de ellas con el inconfundible perfil de la Estatua de la Libertad. Sobre su alto pedestal, de lejos parece una mancha verde en el horizonte que va adquiriendo forma humana mientras el *ferry* se acerca aún más. Afuera, en las plataformas, todos alistan sus cámaras que enfocan directamente al monumento que ya deja ver sus rasgos característicos. Quién no conoce o no ha oído hablar de la famosa Estatua; más de cerca, sus detalles son más reales e impresionantes: una verdadera obra de arte realizada en piezas de cobre por Auguste Bartholdi, colgadas sobre una estructura de acero, logro de ingeniería de Gustave

Eiffel. Es la figura de una diosa, inspirada tal vez en la Eleuteria griega o la Libertas romana, vestida con doble túnica. Apoyada sin esfuerzo en su pierna izquierda, dejando la derecha hacia atrás, con el movimiento de la estatua griega, parece dar un paso adelante, decidida, con la mirada firme y grave, con su cabeza coronada con una diadema de siete puntas que, según su creador, simbolizan los siete mares del mundo; su brazo derecho en alto, desnudo, portando en su mano una antorcha y en la izquierda sosteniendo una tablilla con la inscripción «JULY IV MDCCLXXVI», fecha de la Independencia de Estados Unidos. Sobre el pedestal alcanza los 93 metros de altura. Es un referente cultural, un hito del presente, como lo fue el Coloso de Rodas en Grecia, construido en el año 300 a. de C.; también fue, hasta 1900, un faro, como lo fue el de Alejandría en otros tiempos. Todos parecen rendirse ante esta inmensa obra. Produce una fascinación casi mística, hasta reina un silencio religioso cuando se la observa de cerca, tal vez porque representa el sueño de libertad perseguido por la humanidad: el símbolo del triunfo del bien sobre el mal. Pero en esa tierra nórdica, la idea de libertad se endosó incondicionalmente al estatus estadounidense; aquí y ahora este es su símbolo, la libertad es su pretendido patrimonio que se asegura adquirido por derecho propio. Su significado, su nombre, su predica, se defienden como una herencia a cualquier precio y contra cualquier enemigo. Esta diosa impasible de cobre verde, expuesta a la sal del



mar, airosa, esbelta e inmensa, dominando el mar sobre su pedestal, con su mirada puesta hacia el atlántico norte, es aquí la pretendida representación de la democracia ateniense.

El ferry rodea la pequeña isla, mostrándonos todos los ángulos del imponente monumento; luego gira y se encamina lentamente de nuevo al norte, con destino a Manhattan. El guía ya no tiene nada más que decir; por la ventana se ve la gran ciudad gris que se acerca y, mirando hacia atrás, ante la Estatua que se empequeñece en el horizonte, surge una reflexión realmente inquietante: la libertad, tan predicada y tan pretendida, no es simplemente una estatua. ♀

¿Qué y para qué la tan mentada libertad?



Por Gustavo Mauricio García Arenas

¿Un grito, una canción, un poema, un anhelo, una quimera, una mentira, una aspiración, una estatua, un remedio? ¿Ninguna de las anteriores?

Según Borges, la filosofía es una de las ramas de la literatura fantástica. *Plop*. Y uno de los temas más recurrentes de la «literatura fantástica» es la libertad. No hay filósofo que en algún momento de su vida no se haya referido a ella. Es más, algunos

han elaborado todo su sistema con el único pretexto de su búsqueda o realización. Con frecuencia la confundimos con lujuriosa noches, con paradisíacos días campestres con sus noches estrelladas o con la detonación de un fusil a quemarropa contra aquellos que «no nos han permitido ser». Y no alcanzamos a llamarla libertinaje cuando a Kant se le ocurre denominarla «concepto puro del entendimiento», vágame dios.

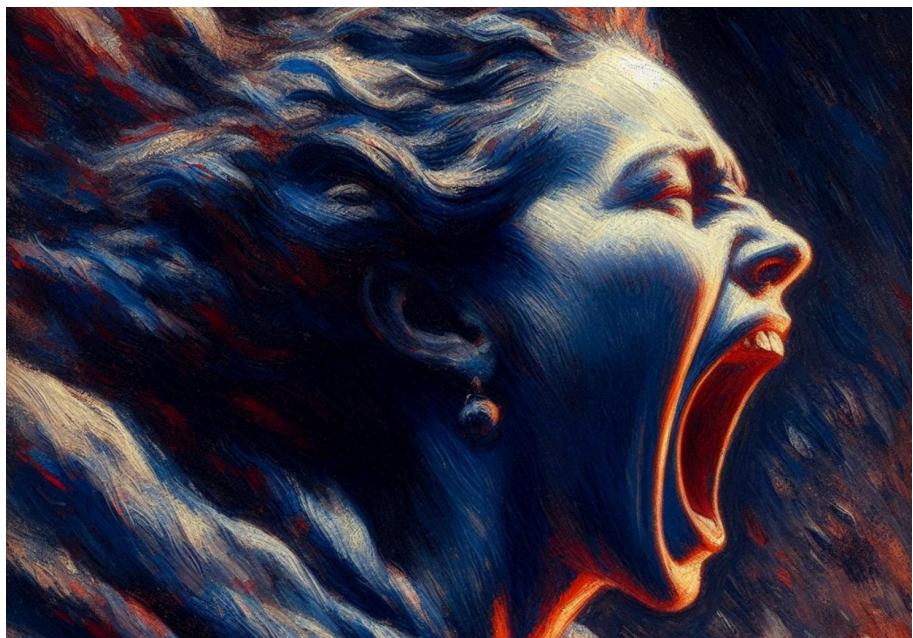
Hay Estatua de la Libertad, haciendo La Libertad (de corruptos antecedentes patrios), Libertad Lamarque, confites y un escudo que invoca «Libertad y Orden» en este desencajado país. Y aunque suene un poco absurdo, tampoco pienso dejarla quieta, quiero manosear tanta pulcritud.

Desde la aparición en el escenario de la vida de términos como causalidad, determinismo, materialismo histórico, otredad, alteridad institucional, genética, la concepción liberal de individuo cayó en desgracia. La noción de ser genérico y globalizado destituyó a los distinguidos María Pérez y John Smith, y los entes nos hallamos sumergidos en el laberinto insondable de la humanidad. El río fluye arrastrando con todo vestigio de individualidad, pero el río es el humano.

Ante esta evidencia concreta de un nuevo yo, que no soy yo, sino otros que soy yo —este yo que por ser lo más particular es indeterminado—, es necesario volver a hablar de nuestra virginal compañera, rasgar sus carnes siguiendo el designio de quienes dicen que «lo más profundo es la piel».

**No hay filósofo
que en algún
momento de su
vida no se haya
referido a ella.**

Sabiéndonos prisioneros del mundo, reos de nosotros mismos, cumpliendo con la más hermosa condena, esto es... la vida, ¿a qué suburbio queda confinada la libertad? Y, sin embargo —digo «yo»—, el humano



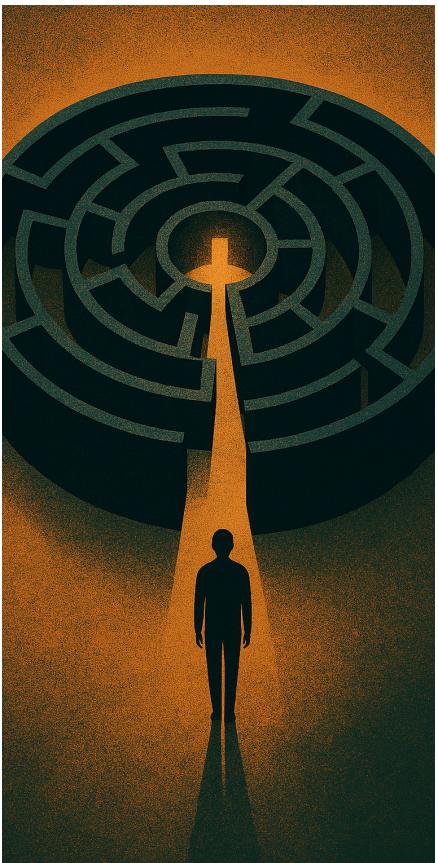
hace lo que quiere en tanto que su voluntad está siempre mediada por sus determinaciones y cualquier acto, por banal que sea, obedece a las circunstancias emergidas de sí mismo. No hay voluntad fuera de este contexto, así como no hay personas sin universo. No requerimos de «contratos sociales». Dentro de nuestra propia naturaleza está la mundanidad. La satisfacción de un deseo individual (sincronización de la voluntad) corrobora permanentemente su necesaria relación con las apetencias, movimientos y actividades generales. «El hombre moderno vive bajo la ilusión de saber lo que quiere, cuando en realidad desea únicamente lo que se supone —socialmente— ha de desear». Son palabras de Erich Fromm en su libro *El miedo a la libertad*.

**La satisfacción
de un deseo
individual corrobora
permanentemente
su necesaria
relación con
las apetencias,
movimientos
y actividades
generales.**

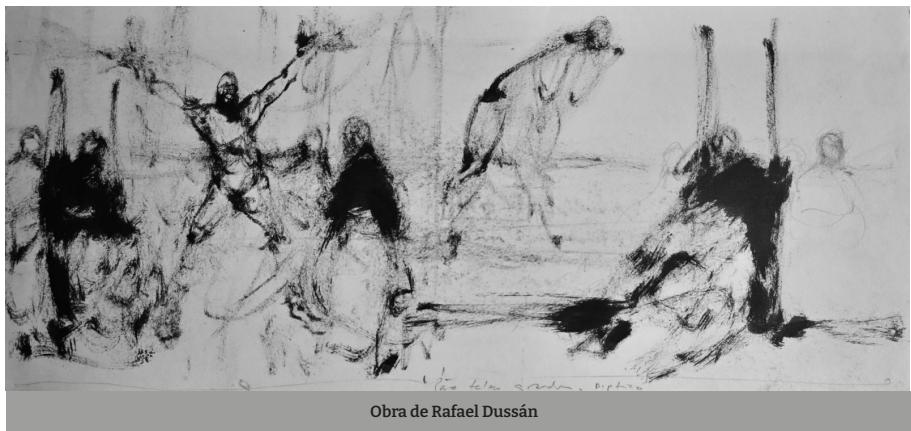
De la interacción hombre y mundo, es decir, de la subordinación de lo mismo por lo mismo, presos de nosotros mismos, nos atenemos a jugar al «solipsismo», a la independencia, al atomismo, a la libertad en términos clásicos.

Queremos, de alguna manera, lo que somos; somos lo que queremos porque, atrapados, somos lo que somos. No hay cambios. Nos define un continuo movimiento sin dirección, pero maniobrado. Y en la medida en que deseáramos ser algo distinto y llegáramos a conseguirlo, seguiríramos siendo los mismos porque nunca dejaremos de ser lo que vayamos siendo.

Cada instante, cada desplazamiento universal es el fruto imperturbable de los siglos. Es una huella sin tiempo que por siempre va arrojando todas sus posibilidades. ☩



Con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea



Por Rafael Dussán

Atreverse a comprender el pasado es una herramienta urgente para atravesar estos tiempos confusos y poco claros en muchos aspectos. Entender el origen de las cosas, sobre todo aquellas que nos han determinado históricamente, es vital; acceder al conocimiento, sin lugar a dudas, nos da la capacidad imprescindible de la libertad.

«La verdad os hará libres» es una expresión que recorre las páginas de la filosofía griega, del budismo, de la tradición judía y, por supuesto, en consecuencia, del pensamiento del judío de Galilea, Yeshúa. El universo del pensamiento religioso, sin

duda, es el más complejo de abarcar dadas las posturas de creencia y de fe que no admiten crítica alguna.

Se celebran los 1700 años del Concilio de Nicea. ¿Cómo comprender la decisión del emperador Constantino para convocar un concilio cristiano en Nicea? Habían pasado casi tres siglos desde que este movimiento cristiano se había originado en los lejanos hechos que acompañaron la vida y la muerte del rabino de Galilea, como un movimiento de renovación judía del cual se iría desprendiendo progresivamente el llamado cristianismo (los mesiánicos).

El cristianismo no emergió como un movimiento religioso unificado; se fue estructurando en medio de una multiplicidad de interpretaciones y formas de comprender el mensaje, la vida y la persona de Jesús el Cristo.

Poner en contexto histórico los acontecimientos políticos y sociales que determinarían el nacimiento de este movimiento es clave. A los seguidores de Jesús, que lo conocieron y acompañaron en vida, se unirá un personaje también judío, que no conoció personalmente al Jesús histórico, pero con características particulares: judío de habla griega, con nacionalidad romana, con formación en el estudio de las escrituras judías (Torá), fariseo y teólogo agudo, que propondrá una lectura e interpretación del mensaje de Jesús de Nazaret abierta a comunidades no judías que simpatizaban con el judaísmo. Estamos hablando de Pablo de Tarso. Su postura, tal y como lo atestiguan textos del Nuevo Testamento, va a desencadenar tensiones y diferencias con

los judíos creyentes en Jesús, que se encontraban especialmente en Jerusalén y Galilea, que conformaban la primera comunidad judeocristiana, totalmente judía y testigos directos de la vida del maestro.

El cristianismo se fue estructurando en medio de formas de comprender el mensaje, la vida y la persona de Jesús el Cristo.

Esto ya, de entrada, en pleno siglo I, marcará divisiones y diferencias. Pero los hechos políticos y violentos que van a sacudir a Israel en los años 66 al 73 d. C., con la primera guerra judeo-romana, y la revuelta de Bar Kojba entre el 132 al 136 d. C., marcarán el destino de las cosas: el templo de Jerusalén destruido al piso, la ciudad controlada por Roma y, después, la aniquilación definitiva del estado judío por orden de Adriano, que traerá consigo la dispersión



del pueblo hebreo y la diáspora definitiva.

Todo esto marcará estos movimientos nacientes inspirados en el mensaje de Jesús de Nazaret, generando aún mayor malestar entre los grupos conformados solo por judíos creyentes en Jesús. En ese momento, todo lo que olía a judaísmo será considerado enemigo de Roma y del emperador. Muchas comunidades cristianas, por temor a ser perseguidas por los romanos, se alejarán de sus lazos con el judaísmo. Nos han vendido la idea de que las persecuciones romanas fueron contra los cristianos. Ciertamente, algunas persecuciones de los siglos II y III lo fueron, pero las primeras persecuciones, del final del siglo I y de parte del siglo II, fueron contra los movimientos judíos, en cuyas filas estaban los llamados cristianos (de hecho, Pablo morirá en el contexto de la primera persecución de Nerón contra los judíos en Roma, alrededor del 67 d. C.).

De la experiencia interior de vida, siguiendo las palabras del maestro, se pasó a la veneración de la imagen del maestro.

En el siglo II, poco a poco se irán generando rupturas y separación entre los judíos que creían en un Jesús maestro, rabino, profeta, Mesías... y los no judíos (helénicos), que irán construyendo una imagen más griega de su mensaje y de su natu-

raleza. Esto va a determinar que lo que habría sido un pequeño grupo de seguidores judíos en Jerusalén y Galilea terminará dando paso, con el tiempo, a diversos grupos, seguidores de Jesús el Cristo, pero bajo diversas interpretaciones.

Unos, más ligados a la tradición judía, donde Yeshúa aparece como el profeta enviado, como el Mesías (en la interpretación de Pablo), como el ungido en quien se había manifestado la divinidad, plenamente hombre con la conciencia de la divinidad en él. Un Jesús que invitaba a una vida en comunidad fraterna y solidaria, donde la experiencia de Dios era una vivencia ética y social, una revolución del reino que, en palabras de Jesús, era la instauración de un nuevo orden social y espiritual ligado a procesos de conciencia profundos que inevitablemente terminarían manifestándose en las relaciones sociales en la vida cotidiana. Esto marcaría un peligro y un consecuente rechazo de las autoridades romanas, y más cuando provenía de las comunidades judías que vivían en las ciudades del imperio.

Desde esta visión más judía de Jesús era inaceptable entrar a definir a Jesús como Dios, como divinidad en sí mismo. Yeshúa había señalado que así como en él residía la presencia de lo divino, también en cada ser humano estaba presente, y le correspondía a cada uno hacer el camino para encontrarlo, sin mediaciones jerárquicas, ritos y templos. En este sentido, varias vertientes del cristianismo exis-

tían e interactuaban en el territorio del imperio.

Sin embargo, había otros sectores del cristianismo más afines con una lectura griega y metafísica para comprender quién era Jesús el Cristo, más afines con una estructura jerárquica y de mediación necesaria para entrar en contacto con la experiencia de lo divino.

Esta divinización de la persona de Jesús determinará el alejamiento de los judíos en las comunidades cristianas nacientes.

Si bien en unos la salvación era un proceso interior, de adentro hacia afuera, en otros tomaba más fuerza la idea de una salvación que venía de afuera hacia adentro... y que pasaba necesariamente a través de mediaciones institucionales jerárquicamente organizadas, según ellos, siguiendo la voluntad del mismo Jesús.

Pero, como señala este dicho budista: «El sabio señala la luna y el necio se queda mirando el dedo».

De la experiencia interior de vida, siguiendo las palabras del maestro, se pasó a la veneración de la imagen del maestro, adorado como divinidad. De un Jesús que invitó al servicio y entrega amorosa a los demás, a un Jesús divinizado al cual se le debía culto y gloria, honores

y títulos de soberano y rey universal. De hecho, esta divinización de la persona de Jesús determinará el alejamiento progresivo y radical de los judíos en las comunidades cristianas nacientes; les era inaudito proclamar una verdad de esta naturaleza.

La aparición reciente (1948) de evangelios apócrifos, como el de Tomás, Felipe y María Magdalena, testifican cómo en el siglo II existían comunidades que estaban formadas en torno a unas lecturas e interpretaciones del mensaje de Jesús más acordes con experiencias personales y libres, desligadas de estructuras rígidas e institucionales.

Es cuando comprendemos por qué —después del Edicto de Milán del 313, que estableció la libertad religiosa, emitido por Constantino y Licinio según el cual le permitía a los cristianos sus prácticas de su fe y sus manifestaciones colectivas—, Constantino entendió la fuerza política que podría tener para el imperio, en su unificación, esta nueva religión, pero que en ese momento estaba dividida en múltiples versiones e interpretaciones sin unidad interna.

Así Constantino convoca al Concilio de Nicea (325 d. C.), buscando que estos grupos diversos y dispersos pudieran llegar a acuerdos en la unificación doctrinal de su fe. El precio fue enorme. Si bien algunos de estos grupos cristianos defendieron su posición en la comprensión de quien era para ellos Jesús

el Cristo, como es el caso de los seguidores de Arrio, se terminó imponiendo una interpretación del Jesús humano y divino, Dios encarnado, Dios hecho hombre y, con ello, la afirmación de la necesidad imperiosa de una estructura jerárquica que velara y mediara en esta relación entre lo humano y lo divino.

Iglesia, que viene del griego *ekklesia*, que designaba la asamblea de quienes se reunían para recordar y vivir el mensaje del maestro de Galilea, daría lugar al nacimiento de una estructura de poder jerárquica reconocida por el Imperio romano, en alianza con el mismo.

Acceder al conocimiento nos da la capacidad de la libertad.

El Concilio de Nicea marcará irremediablemente el destino de estos grupos cristianos, tanto aquellos congregados en torno a una fe definida y unificada bajo un credo impuesto dogmáticamente, como la de aquellos que seguirán viviendo su fe desde lecturas más libres y fuera de nexos institucionales y dogmáticos. Terminará prevaleciendo la verdad metafísica y filosófica en la fe, sobre la verdad existencial y vivencial de la experiencia personal. De allí que, en el 380, será proclamado el Edicto de Tesalónica, por parte de los emperadores Graciano y Teodosio, según el cual el imperio proclamará como la única religión oficial la cristiana católica, apostólica y romana de la tradi-

ción de Pedro y Pablo, cuya fe debe ser impuesta como la única verdad a seguir, so pena de castigo para quienes no obedezcan tal edicto.

Lo que hoy conocemos como iglesia católica romana, iglesia ortodoxas orientales, iglesia copta, iglesias anglicana y protestantes serán herederas de estos hechos históricos cuando las afirmaciones dogmáticas de Nicea marcaron los contenidos de fe. La traición al maestro de Galilea se hizo manifiesta, y de allí no hemos aún salido.

Francisco de Asís, maestro Eckhart, Giordano Bruno, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, entre otros..., algunos de ellos perseguidos y juzgados por la inquisición, son testigos de una fuerza interior que se resistió a la rigidez institucional y dogmática que ha acompañado el cristianismo en estos 1700 años. ☩



Obra de Rafael Dussán

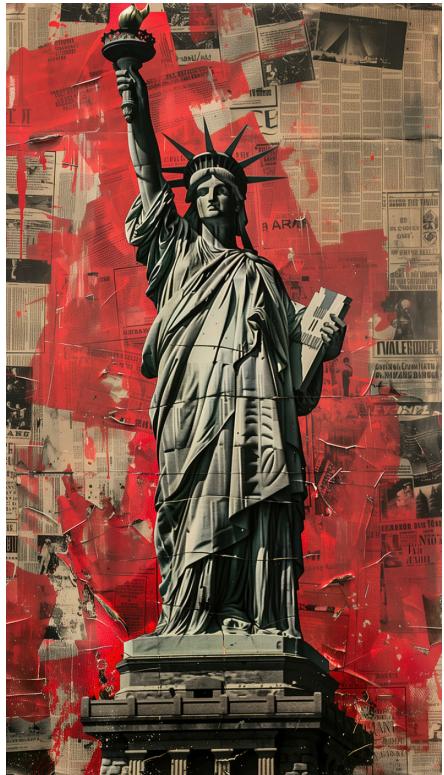
Algo más que una estatua

Por Ricardo Rodríguez

La primera vez que llegué a Nueva York fui a conocer uno de los monumentos más emblemáticos de la ciudad, situado en el puerto por el que debían ingresar los inmigrantes que buscaban una segunda oportunidad sobre la tierra, la isla Ellis, donde los esperaba la aduana. Muy cerca de allí, dándoles la bienvenida, se encuentra la Estatua de la Libertad, un obsequio de la república francesa a la joven nación americana. Al acercarme en barco a contemplar el monumento, sentí vértigo al estar tan cerca de una imagen tantas veces vista en fotografías y películas.

La libertad es algo que siempre está en peligro de sucumbir o ser restringido por la acción de fuerzas externas.

Cuando intenté captar su imagen con la cámara fotográfica experimenté la misma dificultad que siento ahora tratando de definir o por lo menos de acercarme a una idea clara de qué cosa es la libertad. Cuando procuré fotografiar el torso de la estatua, la cámara atrapó



apenas una imagen borrosa de la antorcha o las puntas de la corona, debido al vaivén del agua. Pasa lo mismo con un concepto tan escurridizo como un pez, como si la libertad rehusara ser atrapada por una definición.

Algo similar pasa con la salud. Mientras se goza de ella, no se siente apenas el cuerpo, y lo que experimentamos es una sensación de

bienestar y plenitud; pero sobreviene una enfermedad o siquiera una indisposición, para que echemos de menos la salud. La libertad goza de esta misma condición en quienes pueden disfrutar a sus anchas de pensar, decir y obrar libremente, y en este estado de cosas se vive un sentimiento de confort y seguridad. Pero cuando las cosas cambian drásticamente, como cuando estalla un conflicto interno o con los vecinos, o cuando una potencia extranjera busca apropiarse de todo aquello que se ha conseguido con tanto esfuerzo, el sentimiento de desamparo y de vulnerabilidad nos embarga y todo lo que antes se disfrutaba como algo natural se esfuma como por arte de magia.

Por eso podemos afirmar que la libertad es algo que siempre está en peligro de sucumbir o de ser restringido por la acción de fuer-

zas externas, como sucedió hace apenas un lustro cuando una pandemia paralizó al planeta entero por un buen tiempo. La libertad de movimiento, de reunión, incluso de expresión se vieron mermadas por un agente entonces desconocido y, por eso mismo, temido, que llevó al mundo al encerramiento, la distancia y la prevención. Y aun así el daño fue enorme y severo.

**la felicidad
consiste en poder
vivir sin temores,
ya que el temor
solo produce
esclavos.**

Las guerras, los gobiernos dictatoriales y los fundamentalismos religiosos obran de la misma manera, aunque en términos menos enfáti-



cos que las pandemias, pero el efecto es el mismo. Nos llevan a experimentar un recorte del mundo y de la vida haciendo que en vez de disfrutarla se padezca esta última. Por esta razón algunas constituciones políticas contemplan o han contemplado alguna vez el derecho a la rebelión, cuando un ruido de cadenas se insinúa a la distancia.

El hábitat natural de la libertad humana es su fuero interno, y esto solo es posible por la educación y la cultura.

Pero incluso una situación tan difícil como la que se vivió durante la pandemia fue propicia para desarrollar proyectos largamente aplazados por aquellos que pudieron disfrutar de una situación favorable. Es el caso de muchos habitantes de esta comarca, que pudieron contar con un tiempo precioso para la reflexión y la producción de una variedad de bienes y servicios que hicieron la situación más llevadera para muchos. La tecnología permitió, por su parte, que fuera posible la reunión virtual de las personas, una práctica que llegó para quedarse, abriendo la posibilidad de que tuviéramos una comunicación directa en tiempo real con diferentes partes del mundo.

Pero el hábitat natural de la libertad humana es su fuero interno, y esto

solo es posible por la educación y la cultura, los instrumentos idóneos para fomentar un pensamiento propio, para bien o para mal. Recordemos a propósito el lema de la Ilustración: «¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!». El pensamiento crítico es el único que permite la creación y la innovación y esto solo lo puede proporcionar una formación integral de la persona humana. Una sociedad que permita que los individuos se realicen plenamente de acuerdo con sus inclinaciones y atributos es una sociedad sana que progresá en libertad y tolerancia. Una mente libre de ataduras de cualquier tipo es la que puede aceptar la novedad y salvaguardar la tradición. La defensa de la libertad de pensamiento, de credo, de opinión, de expresión basadas en el respeto son garantes de la paz. Por eso su defensa debe ser un asunto cotidiano frente a las arremetidas que intentan doblegarla en las comunidades, tanto como en las personas. Por esto mismo, la democracia con todas sus imperfecciones es el único sistema político que posibilita que las libertades sean consideradas como derechos, en tanto que las tiranías buscan desmantelar estas libertades para garantizar un orden auspiciado por el terror y el miedo. Asistimos hoy día a una erosión de los ideales democráticos auspiciada por populismos de todo género que desprecian las normas y las instituciones que pueden defender las conquistas logradas tras prolongadas batallas.

Y si hablamos de las libertades necesarias para tener una vida plena,

qué decir de los obstáculos que se atraviesan para contar con una muerte digna. La posibilidad de tener ayuda médica para poner fin a una existencia precaria y dolorosa es impedida por instituciones que enajenan el derecho del individuo a disponer de su propia muerte con argumentos morales y religiosos que socavan el libre albedrío. La lucha por reivindicar estos derechos es una búsqueda de las libertades necesarias para disfrutar de una existencia con sentido. Porque la felicidad consiste en poder vivir sin temores, ya que el temor solo produce esclavos. Solo así es posible que la libertad sea algo más que una estatua, para convertirse en una realidad viva. ☩



VOCES al CAMPO

ENCUENTRA LA BIBLIOTECA DE ESCRITORAS COLOMBIANAS
EN NUESTRA LIBRERÍA Y CENTRO CULTURAL



Relato
Librería · Centro Cultural

www.relatovilla.com ☎ 319 530 2862

Km1 Vía Arcabuco a 200 mts de Bomberos